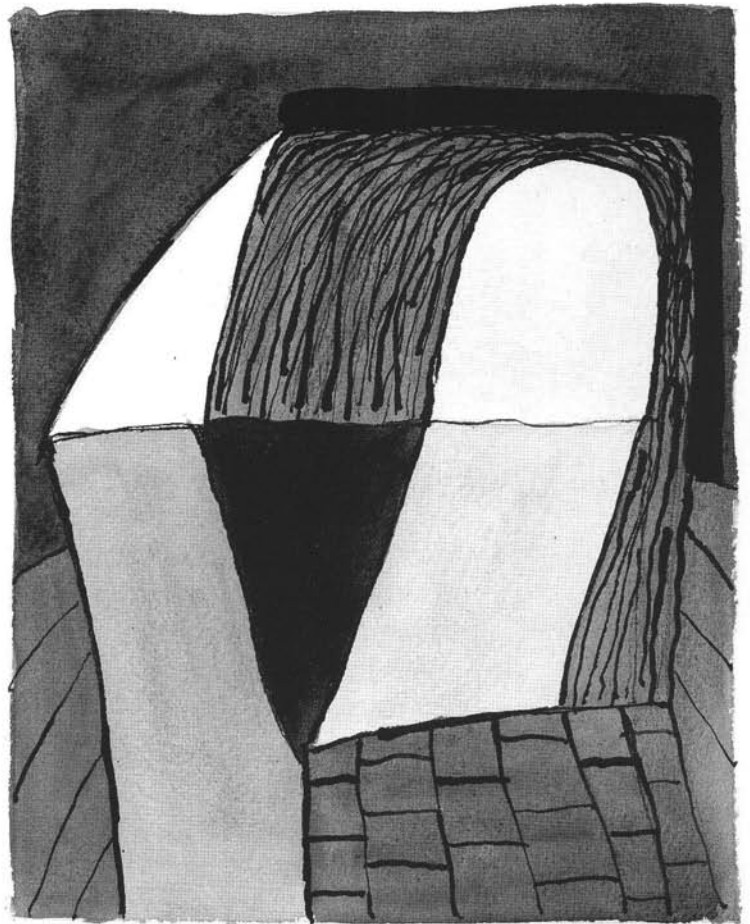


TRES POEMAS

I. Una sola plegaria
1.997

En Febrero, es el Norte y es un día tan blanco
como este manto de solitarias nubes:
He venido a cumplir con otros hombres
este rito civil, inauguramos
un pequeño Juzgado de provincias.
Aquí, sobre las losas nos reunimos
y un brillante micrófono nos mira,
hay fotógrafos, cámaras, un grupo
de grises funcionarios y comienzan
a tenderse las frases pero antes
un viejo sacerdote que trajeron
inició la plegaria. La rezamos
como aquellas comunes plegarias del colegio,
sin firmeza, sin pausa, casi evitando risas
y entonces levanté los ojos lentamente
para ver la plegaria flotar sobre nosotros.
Quise ver la plegaria y sólo estaba
un limpio techo y el ventanal azul
y entretanto las voces siguieron sus discursos
y en las lejanas calles este sol de Febrero
iba matando al aire del invierno.
La plegaria no está, ya se ha perdido
su dorado perfil entre las cosas
y algo malvado anida en su temprana muerte.
Es tal vez un presagio en estos muros,
tal vez sólo un resquicio, tal vez una ligera
promesa de bondad que permanece
como esa brizna de fresca hierba trepa
en la piedra que traza la empinada calleja
y es posible que así prenda en nosotros
esta limpia plegaria de Febrero.
Terminan los discursos y se agitan
los coches oficiales, todos vuelven
a entregarse una mutua certidumbre
y cautivados parten a su infeliz dominio.



S. JACUREGAN

II Manos de piedra
1.996

*Es una tarde dulce y es otoño en el sur
y en la oficina gris hay un hombre sentado
que mira la ventana como si fuera un sueño.
Sólo está detenido por ser un extranjero,
porque tiene esperanza y no tiene trabajo
y entretanto murmuran los feroces teclados
una canción sin labios. Desdichados hospicios.
Así me lo confiesa. Casi sin preguntarle:
Mataban a sus padres y guardaban los niños.
Allí vivió su infancia, allí inició su huida.
Y nos miran los grises funcionarios de siempre,
nos miran con desprecio, diciéndose porqué
tiene que hablar con él, nos miran con un odio
mezquino, con la espesa condición arrogante
de corazones negros. En Bucarest, muy lejos.
Allí vuelve un instante. Dónde ya no hay peligro.
Dónde el dolor que tuvo es un pozo tan grande
que seguirá escapando. Como estallan las olas
en las oscuras rocas. Como balsas de piedra.
Así son estas manos que me pasan la firma.*

III Sale el furgón de presos**1.995**

Unas mujeres chillan y están solas.
No hay un hombre con ellas y la esquina parece
un arrabal oscuro que partiera en silencio
del vergel de sus manos. Recela la mirada
de algún niño escondido entre sus piernas.
Es la puerta gastada del Juzgado de Guardia
y son mis ojos viendo la tarde de un verano
mientras toman café los funcionarios.
Han venido tan sólo para ver a los presos
cuando son conducidos a los sucios furgones,
para gritarles algo mientras vuelven sus rostros.
Tienen muchas edades, tienen sed y paciencia
y hay mujeres rotundas y débiles muchachas,
varias madres vencidas y unos ojos distintos,
porque han visto esos ojos algún error muy alto.
La furgoneta es blanca y azul es la palabra
policía. La miran cuando gira,
cuando gira y recuerda inexplicablemente
ese color brillante que guardan los juguetes.
Estas tristes mujeres no son mujeres buenas,
no lo son aunque lloren y estén llenas de rabia,
sólo mujeres tristes que no tienen ninguna
razón que las asista, sólo madres o amantes
que cumplen ese rito de sufrir la desdicha
por unir su destino al de un hombre malvado.

El poema *Manos de piedra*
está dedicado a mi hermano
Mohamed Samir Assaléh.
